

Apartado:

C. Escenario de investigación histórica y social

9- Forma urbana y relaciones entre Historia y Proyecto: el medio ambiente como patrimonio

El ámbito en la ciudad del *topos* y *locus*: el proyecto del paisaje interior

Marta Nieto Bedoya

Dra. Arquitecta, Profesora Asociada Universidad Politécnica de Madrid y Universidad de Alcalá.

Rememoremos las ciudades que han sido los motores de la civilización. Desde las asirias y mesopotámicas, hoy dolorosamente destruidas, hasta las contemporáneas en plena construcción o ya consolidadas. Todas han tenido la necesidad de conocer y dominar su entorno ambiental y la necesidad de crear un ámbito natural en ellas.

Este texto busca reflexionar sobre la necesidad, la posibilidad y la realidad de hacer proyectos de paisaje en relación con el medio ambiente.

La experiencia ha motivado que sepamos elegir los lugares con capacidad para facilitar la supervivencia. La necesidad de tener agua y protección ha excluido geografías. Sin embargo, determinados flujos económicos del comercio, minerales y combustibles han generado asentamientos urbanos de gran influencia en enclaves de riesgo.

El dominio de la tecnología ha permitido al hombre a lo largo de todas las épocas aventurarse e imponerse al medio en el que vive.

Unidad

En todo caso los aspectos sociales y filosóficos determinan nuestro contacto con el exterior. La ciudad ha temido a la naturaleza. La montaña y el bosque eran lugares salvajes y dañinos para los ciudadanos de la antigüedad. Se extraía del sitio el agua, la caza y el cultivo. Cuando eran escasos estos bienes el instinto de supervivencia y la curiosidad guiaban al ser humano a organizarse para apropiarse del territorio con sendas y señales. El oasis era el paisaje propicio y deseado, el paisaje interior del que hablaba Picasso, ese taller de experimentación seguro, familiar y amistoso. El borde significaba el punto de encuentro, la necesidad de delimitar y señalar lo civilizado de lo salvaje. No obstante, la añoranza de la naturaleza se manifestaba en la poesía, en los bajorrelieves y en el afán de reproducir el paisaje en la ciudad como es el caso de los jardines colgantes de Babilonia. Las deidades se identificaban con los astros: la luna y el sol, fuente de vida y organizadores de los ciclos vitales. Y también con los elementos geográficos que regulaban los cultivos como en Egipto, donde el río Nilo pautaba el paisaje de todas las ciudades de los faraones. Religión, sociedad y naturaleza estaban insertadas en la misma cadena.

En la actualidad, nuestras urbes siguen asentadas en los bordes de los ríos, no necesitan murallas físicas y se expanden indefinidamente pues no temen a la naturaleza. Pero es cierto que cada vez sufrimos más el desgaste de las inclemencias meteorológicas agravadas por el cambio climático. Seguimos viviendo en un entorno hostil. Esta vez somos parte de la causa de los desequilibrios y sufridores de los efectos. Para aliviar nuestras carencias existenciales hemos reproducido biotopos naturales en nuestras ciudades. En China en el siglo IV d.c., el calígrafo Wang Wizi utilizó la palabra-

imagen *shanshui* para identificar la voz paisaje con los arroyos de aguas rápidas que discurren por la montaña. Lo mismo apreciará Petraca al escribir en 1336; “Paisaje es naturaleza más luz interior”. Ambas definiciones convergen en la ciudad romana de Tibur, representada desde el renacimiento y a lo largo de la historia de la pintura de paisajes con los saltos de agua del río Aniene que caían por la colina desde el templo de Vesta o de la Sibila.

Si desde el siglo XV el hombre del renacimiento huyó al campo para proteger su salud de la peste y poder realizar el sueño racional de la Arcadia, a partir del siglo XIX los parques urbanos son los artefactos que expresan con imágenes las ideas y sentimientos de una sociedad industrializada y en movimiento.

Pero la urbe siempre ha tenido en los bordes el problema de su definición. Los anillos de las expansiones o las ampliaciones se hacían en las murallas, los fosos, los cauces y los eriales. Cuando la industria abandonaba la producción dejaba un terreno baldío, ¿Cuál puede ser su utilidad, hoy?

El tránsito del centro a la periferia de la urbe necesita una distancia física y mental, la velocidad ha conseguido anularla con frecuencia. El viaje de la periferia al entorno natural resulta más difícil. En la metrópolis el paisaje no se desprende de la arquitectura con facilidad, necesitamos largos recorridos. En la ciudad grande y mediana se consigue no “sentir” la ciudad si ésta no ha colonizado y antropizado la comarca buscando una posibilidad de reposo o de economía en la llamada segunda residencia.

Lo habitual en estos casos es dedicar estos espacios, estos silencios en el pentagrama musical, para tejer paisajes en la trama. El resultado es amorfo, carente de sentido, de unidad y objetivo. Nos viene a la memoria los llamados cinturones verdes, los parques lineales, los corredores. En algunos casos han sido encadenados a la malla por enclaves y cosidos por circuitos de bicicletas. Y aunque han transformado beneficiosamente la calidad ambiental es necesario hacer una lectura compositiva para discernir cual es el modelo, el carácter y los cambios que van a suponer en nuestro modo de vida.

Jerarquía

La cadena de las unidades de paisaje en las ciudades establece una jerarquía de recorridos y de valores de representación social, incluso de revaloración del suelo.

Las familias nobles buscaban aumentar sus patios ajardinados y cuando no era posible en la trama urbana se trasladaban al límite de la ciudad, a las murallas. Incluso, a los alrededores para poder ejecutar su programa jardinero. Podemos visitar Granada y admirar sus patios de la Alhambra entre murallas. Y en la misma época, comprobar el programa constructivo de villas de la familia Medici que siguiendo los postulados de Alberti se iban realizando a media ladera con buenos vientos, agua, vistas y recorridos. Incluso comprobar como la ciudad toscana del papa Julio II, Pienza, es un modelo que reúne todas esas cualidades en su recorrido de acceso y apertura al paisaje. En las culturas cristiana y musulmana se busca el poder de la mirada y la capacidad de ordenar el espacio próximo, medio y lejano. Felipe II en sus Sitios Reales intervendrá en el sitio, el *topos*, potenciando todas sus cualidades e introduciendo características del paisaje de Flandes, los países de *par-deça*. En ellos la casa, el jardín, la huerta y el bosque forman una composición unitaria.

Las grandes capitales europeas a mediados del siglo XIX se tuvieron que enfrentar a la revolución industrial y a los efectos de la revolución francesa. Trabajo, vivienda y ocio fueron las necesidades básicas de la mano de obra de la revolución industrial. Las consecuencias fueron imprevisibles. La higiene y la salud resultaron ser imprescindibles como medida de protección de la clase pudiente al ser la ciudad de todos y para todos.

Quizás hoy tengamos que repasar esos datos y condicionantes para recordar esas exigencias que creemos superadas.

En las ciudades de los países jóvenes, como en el caso de Nueva York, la planificación del suelo urbano se hizo con una trama ortogonal que nos recuerda a los asentamientos de las legiones romanas. En ella se reserva una serie de piezas para el paisaje interior de la ciudad. Y la unidad interior de peor calidad, sin cualidades vegetales ni compositivas atravesada por cinco arroyos y con depósitos de agua, se va a convertir en el módulo generador de la vida de la capital del mundo: el Central Park. La técnica y la botánica construirán y escenificarán el paisaje de la campiña inglesa y del río Hudson. La respuesta de los ciudadanos fue elevar rascacielos en sus bordes a modo de montañas. Ambos temas pictóricos locales, las montañas y el río Hudson, fueron representados por el pintor Asher B. Durand y sirvieron de ejemplo para una clase social que se veía con el deber moral y patriótico de mejorar la calidad de vida de sus conciudadanos. Reconociendo en sus paisajes a la naturaleza noble y saludable que acogía a los que huían de las epidemias del cólera en Nueva York, tan frecuentes a mediados del siglo XIX en Europa y en EEUU.

En esta época de cambio de siglo y cambio climático, nuestra mirada se orienta hacia el campo. Recreamos el aspecto arbitrario de la naturaleza con el afán de no pretender nada y dedicarnos a la contemplación. La idea del erial y el descampado nos resulta atractiva, incluso irresistible. Quizás estamos tan extenuados y saturados de la vida moderna que aspiramos a ver crecer las malvas escuchando el silencio.

Variedad

Hoy todas las ciudades se identifican con los paisajes de sus paseos arbolados, jardines y parques porque son el escenario de su desarrollo. Los han trazado, plantado, mantenido e incluso abandonado entre varias generaciones, pero siempre ha existido un vínculo personal y un nexo colectivo. Han sido sitios grandes y misteriosos cuando éramos niños, pequeños y emotivos en la edad adulta y otra vez enormes y valiosos cuando envejecemos. El ejemplo más singular fue un castaño de indias de Ámsterdam. Estaba plantado en la calle y una adolescente judía, Ana Frank, escondida en un desván con su familia durante la invasión nazi, podía verlo desde una ventana y lo citaba en su diario. Un árbol que era un símbolo para toda una ciudad que no la olvida. El valor intangible hizo que no se apareara el castaño a pesar de su mal estado. Se le cuidó durante años hasta que la naturaleza cerró su ciclo vital.

Los paisajes urbanos de nuestras ciudades, las densas choperas en los bordes de los ríos castellanos de Burgos o León. Las alamedas de Sevilla y Granada, los campos de Oviedo y Valladolid y los parques de Barcelona, San Sebastián y de Gijón entre otros, aportan a la ciudad calidad al aire, el control de la temperatura y la plasticidad de la variedad y la diversidad de sus formas.

El espacio urbano se define morfológicamente por la relación entre los espacios llenos y vacíos. Pero podemos acercarnos al concepto *ma* japonés que mira el espacio vacío como el principio activo entre las cosas. La tendencia natural de la civilización es la colonización del paisaje -ese espacio vacío- ya sea con los acabados, la forma, como con los programas, la función. El peligro actual para el paisaje interior de la ciudad es la mirada urbana. Esa que considera que es necesaria la modernización y propicia el acabado. De repente, nuestros parques nos parecen rústicos, obsoletos, envejecidos. Para ponerlos al día procedemos a traicionarlos ¿Y su dignidad? ¿Y su tiempo? Se puede ser decidido y valiente a la hora de intervenir en las ideas perdidas o desgastadas pero no arrasemos y alicatemos los paisajes urbanos.

Para mantener esta actitud en nuestros proyectos de paisaje interior nos podemos inspirar en el concepto mágico de la palabra *Topos*. Paisaje natural donde habitaban los dioses, vinculado al bosque. Y el concepto racional del término *Locus*. Paisaje geométrico, vinculado a la trama.

Watsuji en su libro *Antropología del Paisaje* teoriza sobre la influencia del clima. El hombre que habita en el monzón es sumiso, el hombre del desierto se enfrenta a él y el de la dehesa gracias a la docilidad del clima tuvo una actividad creativa.

En la época clásica los filósofos de Grecia y Roma establecían y relacionaban los conceptos de lo bello, lo bueno y lo útil. Vitrubio nos dejó en herencia la síntesis de la triada arquitectónica: *firmitas, utilitas, venustas*. En el siglo XX, la escuela de la Bauhaus estableció que un buen diseño tenía que ser bello y útil. Los paisajes en la ciudad son capaces de reunir todas estas cualidades y añadir el valor existencial que les hace únicos en el tiempo y en el espacio.

Si en la antigüedad la ciudad era la civilización. Ahora en ella el ser humano huye de sí mismo y de sus acciones. Pretende fundirse con lo natural. Lo vemos en las tendencias paisajísticas de la ciudad con las cubiertas ajardinadas, los jardines verticales, los árboles en fachadas, los descampados y los bosques trasplantados. Esta actitud de la ciudad, de vuelta a la gruta, recuerda el mito de la versión griega del diluvio; Deucalión, el hijo de Prometeo, que protegido por su padre y para salvarle a él y a su familia del diluvio les conduce en un arca hasta el monte Olimpo. Durante el trayecto lanzan piedras desde el arca que se van transformando en seres humanos. Tras la metamorfosis hombres y mujeres vuelven a poblar la tierra. Este renacer en un lugar oscuro en contacto con la fuerza generadora de la vida, el agua, ligeramente iluminado por una apertura cenital está repetidamente representado en nuestros parques y jardines, públicos y privados. Recordemos las imágenes de grutas y ninfeos:

El ninfeo de Egeria en Roma, diseñado por Sangallo para acoger en su bóveda a la ninfa desconsolada y convertida por los dioses en manantial. En Florencia, la gruta de Buontalenti en Bóboli, donde nacen de la roca las esculturas humanas de Miguel Ángel y se desprenden de las paredes los pastores y sus rebaños de la arcadia. El ninfeo de villa Giulia, profundo en el cenagoso suelo fundacional romano, el *topos*. En la villa Farnesio de Roma, Vignola nos hace transitar en un patio bajo un andadero y acceder al ninfeo hasta llegar a la villa. Cerca de Viterbo las fuentes del diluvio de villa d'Este y villa Lante. En Frascati, la villa Aldobrandini domina la montaña desde la base del ninfeo, fábrica que reúne en sus nichos los mitos de Hércules, Atlas, Espéride, Polifemo y Centauro. Las grutas con burlas de agua adosadas a los muros en la Abadía en Cáceres, en la Casa de Campo y en el Buen Retiro. La gran gruta de Tetis en Versailles y las pequeñas grutas murales de El Capricho en Madrid. En Inglaterra, la gruta de Alexandre Pope en Twickenham al borde del Támesis, cuyo apunte de Lady Burlington le representa concentrado en sus escritos e iluminado por una ventana circular. Sobrevuelan la gruta libélulas y mariposas a modo de musas. La gruta de Painshill, profunda y brillante. La gruta de la Sibila de Stourhead lugar de encuentro de Eneas para consultar con el oráculo su destino y el pozo-gruta masónico en la Regaleira en Sintra. La gruta del parque urbano de Buttes Chaumont en París. Todos, grutas y ninfeos, representan la necesidad de forjarnos un nuevo mundo tras el diluvio y elegir con sabiduría nuestro destino.

Et in arcaida ego

Mi reconocimiento a los autores: GLACKEN, CL. J., ROGER, A., BERQUE, A., STEENBERGEN, CL., DAVIES, C. WATSUJI, T. que entre otros me han ayudado a pensar.